

# La apatía del alumno

Agatángelo Soler Montellano, Madrid, abril 2012

agatangelo@gmail.com

Comentarios

Entre la mayoría de mis alumnos reina la apatía. Tienen la tendencia a acomodarse y producir el tipo de ejercicios que no requieren demasiado esfuerzo imaginativo o de investigación. Parecen no querer destacar, no hacer ni decir demasiado. Generalmente impera la falta de implicación con la actividad que se les propone.

No me sorprende su actitud. No hace mucho fui estudiante de una escuela similar y pude observar a mi alrededor —y también compartir— tal comportamiento. Pero al enfrentarme a la cuestión como profesor novel me pregunto el porqué de ese conformismo.

Casi todos los estudiantes de arquitectura fueron niños brillantes. ¿Cómo se han convertido en alumnos mediocres? Existe un proceso común por el cual chicos que deslumbraban a sus maestros en el colegio y que después se consideraban aventajados en el instituto se han convertido finalmente en alumnos grises en la universidad.

Se me ocurren varias razones. En primer lugar, el salto desde la enseñanza secundaria a la superior supone un cambio fundamental en la mecánica docente. Provenientes de centros donde el trabajo se valora cada día mediante evaluación continua, los alumnos perciben en la universidad que *a nadie le importa lo que hacen*. Así, pierden la motivación esencial que supone la inmediatez de la recompensa. Además, tampoco encuentran en casa el reconocimiento que han dejado de obtener en clase, ya que la complejidad que adquieren los estudios suele distanciar a los padres de los progresos que realizan sus hijos.

Por otra parte, al reunirse con los mejores alumnos de otros colegios, los jóvenes pierden la motivación que produce la *especialidad*. Acostumbrados a ser considerados los que mejor dibujaban o escribían, les resulta difícil encontrar autoestima entre iguales. Finalmente, los alumnos empiezan a probar la inquietud que produce la libertad, la ramificación de intereses propia de la vida adulta. Pasan de un sistema en el que únicamente había que esforzarse en hacer perfectamente lo que había que hacer, a uno en el que no dejan de preguntarse si su dedicación merece o no la pena.

La universidad debería preparar a los jóvenes para vivir como adultos de la mejor manera. ¿Cómo conseguirlo? Si pensamos que esto consiste en integrar en la masa a nuevos individuos que no esperen demasiado de la vida, *chapeau*. Pero si lo que queremos es ayudarles a explotar y disfrutar al máximo de su talento, entonces algo debería funcionar terriblemente mejor.

Esta fractura profesor-alumnos abruma tanto como la tasa de paro del colectivo de jóvenes arquitectos.

La píldora antidepresiva pedagógica debe ser prescrita de forma biunívoca. ¿No debería la crisis arquitectónica ser el mejor incentivo para el claustro? ¿Cómo despertar en los alumnos aquellos talentos *diferenciales* que realmente capaciten para el ejercicio profesional? Una nueva pedagogía impartida por docentes *postburbuja*. Tal vez se produzca entonces la alineación con nuestros alumnos.

En algún momento debemos tomar conciencia de lo que somos, sentimos, pensamos, hacemos, deseamos y decimos. No sé dónde está la excelencia, pero intuyo que lejos de personas formadas con ventaja por un contexto favorable y educadas en la competitividad, en el individualismo y la motivación extrínseca.

Trabajemos para lograr alumnos que deseen superar sus retos, compartir su talento y disfrutar con el de los demás.

Sería interesante que los docentes que victimizan a los estudiantes y les culpan por estar aburridos en clase hiciesen un ejercicio de autocrítica reflexiva y revisasen tanto los contenidos como los formatos mediante los que organizan sus actos pedagógicos. Son las instituciones educativas (y no el alumnado) las que matan la pasión por el conocimiento y es labor nuestra, la de los profesores del siglo XXI, la de construir otra pedagogía que sea: narrativa en vez de descriptiva, visual en vez de textual, biográfica en vez de ajena, apasionada en vez de aburrida, participativa en vez de pasiva, dialógica en vez de monológica y poética en vez de literal.

La universidad ha perdido *autonomía* en su pedagogía. El contexto actual, prima aquello que *sirve* para algo por encima de lo estudiado por *conocer*. En este momento de constante cambio y explosión mediática de la arquitectura, no está claro qué puede ser útil ni qué conocer. Así pues, los estudiantes ante esta desorientación buscan una atención apática constante que les quita autarquía.

Roig  
Pedagogía post-bur-  
buja

Habitar  
La excelencia

Acaso  
De la apatía a la poesía

madavama  
Utilidad apática